

“Por las nubes”, de Benavente

Una soberbia obra teatral y un fondo estudio social

Cuando quiere, Benavente acierta. Y al acertar, agranda su personalidad de dramaturgo excepcional, sin rival entre los autores contemporáneos. Acierto es “Por las nubes”, estrenada anoche en el Urquiza por la compañía Pino-Thullier. Uno de sus mejores, de sus más bellos aciertos. Toda la obra, del principio al fin, es una maravilla de observación, de sátira, de naturalidad de lenguaje. Impresión de verdad nada más real, más ajustado a la verdad, que el ambiente del primer acto de la comedia — ambiente de la clase media española, que es la clase media de todas partes — ni nada más hermoso, ni más original, ni más intenso que el diálogo que en el segundo se produce entre el protagonista y su amada, y que remata, en una explosión de pensamientos altos, de imágenes soberbias, de sentencias de una fuerza y lógica incontrastables, el problema que se plantea en la obra. Algo así como una cascada magnífica de ideas, de agudezas, de ironías sutiles, de amargas reflexiones — todo lo que se agita, y bulle, y hiérve en un cerebro joven, sujeto á viejas rutinas y á carinos dolorosos, y ansioso de volar, de ir muy lejos, de conocer la vida, de comprenderla, de conquistarla y amarla — es, en resumen, “Por las nubes”. Un soberbio monumento con asunto de apariencia trivial: una luminosa perspectiva tendida sobre tiempos pretéritos y presentes, tristes y angustiosos. «Hay algo más sagrado que un sepulcro: una cuna! Hay algo más grande que el pasado: el porvenir!» — exclama el autor por intermedio de uno de sus personajes, el médico Don Hilario — que viene á ser á la obra de Benavente lo que ciertas figuras á las comedias de Augier, Dumas (hijo) y Scribe: el portavoz de las ideas del comediógrafo. Y para sostener esa tésis, para proclamarla con hechos, para inculcarla en el espíritu de las madres ancianas, en las patrias viejas, que al ansia de expansión de sus hijos llaman ingratitud, y al deseo de ser hombres, de hacerse dignos de la felicidad, locura, crea y mueve una serie de personajes interesantes en un medio ambiente perfectamente humano, y extrae sus más íntimos pensamientos, y muestra sus más íntimas ambiciones, que no tienen otro norte que la de ocultar la miseria vergonzante en que viven bajo la ridícula apariencia de un bienestar ilusorio. Mal de todos los tiempos y

de todas las sociedades. «Mediocranía social — dice el protagonista — más miserable que todas las miserias». Casa triste y poco higiénica, pero cursis exterioridades, que sin dar á aquella más salud y alegría, la hacen ser más costosa!... Cuadro de desdichas, de estrecheces, de prejuicios rancios, que Benavente ha trazado con mano maestra en el lienzo de su comedia, y que deja en el espíritu del espectador una fuerte impresión de pena suavizada por una ráfaga de fé, de profunda fé en la juventud y en el porvenir. Y el cuadro presentado sin brusquedad, sin golpes violentos de color, sin ardores ni contrastes rebuscados. Un trozo de realidad por escenario, y sobre él las figuras que han de crear y solucionar el proceso lógicamente. ¿Qué en ciertas ocasiones los diálogos se prolongan y adquieren contornos de declamación? Cierto. Pero esto es pasajero, y se olvida, y el vigor de la pintura, la grandeza de la ironía, la exactitud de la observación, las sutilezas del alma, las delicadezas del sarcasmo, la belleza del pensamiento, la intensidad de las situaciones — algunas de una dramaticidad enorme por lo sobrias y rápidas — se apoderan con tal fuerza del cerebro y de los nervios del espectador que difícilmente echa de ver el tiempo que el autor emplea en desarrollar tal tésis ó sostener con puntales de dialéctica tal paradoja. Una obra perfecta, admirable, que entretiene y enseña, que procura altos gozos estéticos y despierta hondas preocupaciones sociales. Perfecta y admirable, si, aún cuando se descubra cierta falsedad en el carácter del protagonista, que de su timidez y apatía, de su escasez de músculo y de su falta de voluntad, hace de improviso una energía que todo lo arrolla, que todo lo vence, el amor á la mujer como el amor á la madre, el amor á la casa y á las comodidades, como á las apariencias establecidas y consagradas por la tradición. De niño se convierte en varón, de objeto inútil en hombre, en el verdadero Hombre para la Humanidad... La belleza del símbolo perdona la rapidez de la transición, como la opulencia del concepto la lentitud de ciertas escenas. Escenas y conceptos que, justicia es declararlo, encuentran en la Pino, Thullier, Llano, Díaz, la Caro, la Bru y demás compañeros de labor intérpretes de talento y de voluntad decidida... Teógenes.